

Detectives

en Palermo Viejo

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Guillermo Arce

loqueleg

LA PERSECUCIÓN

Mauro acciona el pedal de su moto y empieza a seguir a la camioneta. El viento le da en la cara, en el pecho, y lo hace toser. Ni siquiera lleva un suéter encima del pijama.

La pick-up cerrada se interna en un paraje desconocido, con casas derruidas y terrenos cubiertos por yuyos. Da vueltas y vueltas por calles empedradas como si el conductor estuviera borracho o perdido. Mauro acelera, y su moto no le responde; en cambio parece flotar. Empieza a quedarse atrás. Envuelta en una nube de humo, la camioneta ha desaparecido en la oscuridad. Mauro intenta darle velocidad pero la moto sigue suspendida en el aire, como si una fuerza más poderosa la atrajera hacia atrás. Y de pronto se libera, retoma el rumbo y lo lleva a toda carrera.

En un recodo del camino reaparece la camioneta. Ahora se ha detenido. Mauro vuelve a perder el control de su moto. Transpira; hace un esfuerzo sobrehumano por frenar. Lo consigue justo a tiempo de evitar el choque.

Una silueta indefinida, cubierta por una capa impermeable negra, ha bajado de la pick-up. Otra figura aguarda reclinada contra el frente de una casa. Mauro presiente el peligro; está demasiado cerca; teme que lo descubran. Pero no logra mover la moto que acelera o se detiene cuando quiere.

En el jardín de la casa se oyen las voces de sus vecinos: son Adela, Diego y Fernando. Se acercan. Quiere prevenirlos de esas siluetas que los amenazan; fuerza la

garganta para hablarles y la voz no le sale. Les hace señas. Sus amigos no lo ven. Mauro quisiera correr hacia ellos pero tampoco tiene fuerzas; como si estuviera clavado en su asiento. Transpira, trata de gritar sus nombres, y sólo consigue emitir un sonido ronco. De pronto sus amigos desaparecen dentro de la casa.

La pick-up arranca. Esta vez la moto le responde, y Mauro la sigue. Aunque le lleva ventaja no tarda en descubrir el trayecto por el ruido del motor. Ningún otro auto circula por las oscuras calles. El barrio parece un gran escenario vacío.

El misterioso chofer lo conduce a una plaza, con un monumento rodeado por murallas, donde hay un inmenso tacho de desperdicios. Arroja por la ventanilla un paquete envuelto en plástico negro, y la camioneta sigue de largo.

Mauro deja que se pierda en el empedrado; llega a la plaza. Busca en el tacho de desperdicios el paquete que sobresale de la pila de basura. Con un cortaplumas de oro, corta un extremo de la bolsa de residuos y la abre. Retrocede lleno de asco y horror. El cadáver de un gato yace decapitado.

Se despierta gritando y bañado en transpiración.



CAPÍTULO 1: EL ENCUENTRO

Mauro Fromm entró como una tromba en su escritorio; se abalanzó sobre la mesa, prendió su computadora Reina, abrió un archivo nuevo que bautizó: “Detectiv”, y empezó a escribir en el teclado.

La pantalla del monitor mostró lo siguiente: “Tuve un sueño muy extraño...”. Describió la persecución en moto y el hallazgo del cadáver decapitado del gato. Y luego: “Presiento que pronto estaré ante otro caso. Huelo en el ambiente del nuevo barrio el próximo misterio”. Cerró el archivo y pasó revista, mentalmente, a las últimas novedades: la moto scooters ya era suya. Walter, su tutor, había dado el permiso de manejo, y muy pronto la enviarían con todos los papeles. Ojalá pudiera estrenarla el próximo sábado.

Pensó que era una buena idea eso de crear su propio archivo de “Detective” y grabar en su computadora cada hecho sospechoso que ocurriera en el barrio. Recordó aquel improvisado diario-cuaderno que habían escrito con Diego, Fernando y Adela, dos años atrás. En ese entonces todos vivían en Belgrano y trabajaban en el caso del “carnicero loco.” ¿Qué sería ahora de la vida de sus amigos? Recordar a aquellos “vecinos y detectives” lo hizo sentir solo y aburrido. Para distraerse, decidió consultar la agenda.

No tenía citas importantes ese sábado, ni rugby en el Belgrano Athletic, ni un miserable partido de fútbol. El dinero de su mensualidad se lo había gastado íntegro en la compra de guantes de motociclista y unos botines de rugby

“Mizuno”. Ni siquiera había guardado diez pesos como para invitar a algún compañero de colegio a tomar un helado.

Tras revisar varios cajones y bolsillos, encontró un billete chico y monedas. Para un helado de vasito alcanzaría. Luego de gritar a la cocinera un “CEFERINA ME VOY” que llegó hasta el comedor de diario donde ella estaba, se fue silbando rumbo a la heladería.

Caminaba despacio por la calle Oro cuando, al llegar a Juncal, se detuvo perplejo. Al principio se dijo que no podía ser ella, esta chica era más alta y no usaba anteojos. Y sin embargo... Una trenza de pelo castaño le colgaba sobre la espalda y tenía esa manera de caminar, a los saltitos, tan típica de ella. Hasta sus vaqueros bolsudos eran como a su amiga le gustaban. Después se fijó en el perro: una doberman negra de ojos oscuros y expresivos, orejas erguidas y porte elegante.

Mauro se acercó; la perra lo miró con cara de “¿a vos qué te pasa?” y mostró los dientes en un gruñido. Entonces la chica se dio vuelta y también lo miró con desconfianza.

—Mejor no te le acerques mucho porque Guardianiana es brava con los que no conoce —le advirtió ella, agrandada.

Mauro sonrió y se dijo para sus adentros: “Adela no ha cambiado nada en estos dos años”.

—¿Y qué hiciste con Picho, lo regalaste? —le preguntó.

—¿Pero vos cómo sabés que yo...? —dijo ella.

De repente Adela pegó un alarido tal, que la doberman empezó a ladrar enfurecida. Un panadero que venía de hacer el reparto con su canasta, del susto tropezó y casi se le caen todos los panes.

—¡MAURO! ¡No te reconocí! Estás hecho un gigante, ¿cómo pudiste crecer tanto en dos años? ¿Qué hacés por acá?

Pero él no pudo contestar la avalancha de preguntas. Guardianiana, que había interpretado mal el arranque de Adela, se abalanzó sobre las pantorrillas de aquel extraño, dispuesta a defender a su dueña de un posible ataque.



—¡Sacámela de encima! —rugió Mauro— ¡Huyyy!
¡Mis medias de rugby nuevas!

Entonces Adela tironeó a la perra de la correa y, con precisas voces de mando: “¡Échese! ¡Acá!” , transformó a la doberman en una pichicha dócil y sumisa que fue a acurrucarse a sus pies.

—¿Cómo hiciste para manejarla así? Antes era una fiera y ahora parece una salchicha boba —reaccionó Mauro ya recuperado del susto.

—Y... cuestión de práctica. Además tengo buenos libros de adiestramiento. Pero contame, ¿qué hacés en este barrio? ¿Cuánto hacía que no nos veíamos! Desde que Fernando se fue a vivir a Bariloche, Diego a Zárate y vos viajaste a Alemania con tus tíos. ¿Qué pasó? Pensé que te quedabas a vivir allá.

—No resultó. Extrañaba mucho Buenos Aires y los tíos tenían que quedarse en Berlín por dos años más. Ahora vivo con Walter, el amigo de mi tío, ¿te acordás? Es mi tutor; me voy a quedar con él hasta que termine el secundario. Sigue meterete como siempre pero es muy bueno. A veces Walter me hace acordar a papá —y los ojos azules de Mauro se entristecieron.

Adela no dijo nada, ella sabía muy bien cuánto le costaba a Mauro hablar de sus padres, muertos hacía algunos años en un accidente automovilístico.

—Las vacaciones las paso en Alemania. En diciembre tomo un avión y me voy a Berlín hasta marzo —reaccionó Mauro.

—¿Te acordás de cómo nos divertimos hace dos años? —exclamó Adela con un dejo de nostalgia.

—¡Y en qué líos nos metimos!

Los dos rieron con ganas acordándose del caso del “carnicero loco”, la extraña aventura que habían vivido con Diego y Fernando, cuando los cuatro eran vecinos y detectives en el barrio de Belgrano. ¡Los peligros pasados parecían tan lejanos ahora!

Gemidos de Guardiania interrumpieron la charla. Todavía echada en el suelo miraba a Adela con ojos de reproche y cara de “¿no me vas a soltar?, ¿cuándo podré hacer mis necesidades?”. Apenas Adela desenganchó la correa, se fue a todo galope hacia la esquina, apurada por reunirse con Alan, otro doberman vecino que le ladraba desde la puerta de una peluquería.

—Cuando se fueron todos, los extrañé muchísimo —dijo Adela, con sinceridad—. El año siguiente fue el más aburrido de mi vida. Por suerte, después compramos una casa vieja en Beruti y Oro, y nos mudamos. Como no me llevé ninguna materia de primer año, mis padres me regalaron a Guardiania. Es una doberman pura, con papeles y todo —dijo, orgullosa.

—¡Te das cuenta qué casualidad! Otra vez somos vecinos. El departamento de Walter, donde yo vivo, queda en Oro y Libertador.

—¡Tenemos que festejarlo! Esta vez te invito yo a tomar un helado. Todavía me queda plata de mi mensualidad —y Adela le guiñó un ojo recordándole otras épocas, cuando el único que tenía plata para gastar era Mauro.

Contentísimos con el reencuentro, se fueron caminando hacia la heladería de Santa Fe, seguidos a regañadientes por Guardiania que hubiera preferido quedarse con Alan, su compañero doberman.

Durante el trayecto, Mauro echó un vistazo disimulado a su amiga: “está más linda sin los anteojos, y creció bastante, aunque le sigo llevando casi una cabeza”, se dijo.

Al cruzar la calle Beruti, de doble mano, la tomó protectoramente del brazo. Sorprendida, Adela lo miró de reojo. “Cambió mucho en todo este tiempo”, se dijo. “Está más atento, más educado. Y no ha fanfarroneado ni una sola vez.”

Guardiania, muy malhumorada, miraba con cara fiera hacia todos lados, dispuesta a defender a su dueña y al nuevo acompañante... de quien fuera.

Ya en la heladería...